

FBOE .166 00 A



El Siervo de Dios **JOSEMARÍA**
ESCRIVÁ DE BALAGUER
Fundador del Opus Dei

HOJA INFORMATIVA N.º 8. MADRID.

Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás nació en Barbastro (España), el 9 de enero de 1902. Cursó el bachillerato en Barbastro y Logroño, y los estudios eclesiásticos en la Universidad Pontificia de Zaragoza, donde consiguió la licenciatura en Sagrada Teología. Más tarde, en Roma, obtendría el grado de Doctor.

Cursó la carrera de Derecho civil en la Universidad de Zaragoza, y se doctoró luego en la Universidad de Madrid. En 1960 recibió el grado de Doctor *honoris causa* en Filosofía y Letras, por la Universidad de Zaragoza. Fue el primer Gran Canciller de las Universidades de Navarra, en España, y de Piura, en Perú.

Ordenado sacerdote el 28 de marzo de 1925, inició su labor pastoral en parroquias rurales y, desde 1927, entre los pobres y enfermos de las barriadas extremas y de los hospitales de Madrid. Algunos años más tarde fue nombrado Rector del Real Patronato de Santa Isabel, también en Madrid, cargo que desempeñó hasta 1946, cuando trasladó su residencia a Roma.

Fue Consultor de diversas Comisiones Pontificias y Congregaciones de la Santa Sede, Prelado Doméstico de Su Santidad y Miembro de la Pontificia Academia Romana de Teología.

El 2 de octubre de 1928, en Madrid, había fundado el Opus Dei, camino de santificación en medio del mundo y fermento de intensa vida cristiana en todos los ambientes. El 14 de febrero de 1930, Monseñor Escrivá de Balaguer fundaba la Sección de mujeres del Opus Dei; y el 14 de febrero de 1943, dentro del Opus Dei, la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. El Opus Dei recibió la aprobación definitiva de la Santa Sede el 16 de junio de 1950; y el 28 de noviembre de 1982 fue erigido como Prelatura personal, forma jurídica introducida en el Derecho de la Iglesia por el Concilio Vaticano II, que era la deseada y prevista por Monseñor Escrivá de Balaguer.

Con oración y penitencia constantes, y con una continua e incondicionada entrega a la Voluntad de Dios, el Padre —como le llamamos sus hijas y sus hijos, y otros muchos miles de personas de toda condición— ha impulsado y guiado la expansión del Opus Dei por todo el mundo, a lo largo de 47 años. Cuando su Fundador rindió su alma a Dios, el Opus Dei estaba ya extendido en los cinco Continentes, y contaba con más de 60.000 miembros de 80 nacionalidades, al servicio de la Iglesia con el mismo espíritu de plena unión y veneración al Papa y a los Obispos, que vivió siempre Monseñor Escrivá de Balaguer e inculcó a sus hijos.

La Santa Misa era la raíz y el centro de la vida interior del Fundador del Opus Dei. El hondo sentido de su filiación divina le movía a buscar en todo la más completa identificación con Jesucristo, a tener una tierna y fuerte devoción a la Virgen Santísima y a San José, a un trato habitual y confiado con los Santos Angeles Custodios, y a ser sembrador de paz y de alegría por todos los caminos de la tierra.

Monseñor Escrivá de Balaguer había ofrecido su vida, repetidas veces, por la Iglesia y por el Romano Pontífice. El Señor acogió ese ofrecimiento, y el Padre entregó santamente su alma a Dios, en Roma, el 26 de junio de 1975, en su habitación de trabajo, con la misma sencillez que caracterizó toda su existencia.

Su cuerpo reposa en la Cripta de la Iglesia Prelaticia de Santa María de la Paz —viale Bruno Buozzi 75, Roma—, continuamente acompañado por la oración y el agradecimiento de sus hijas e hijos, y de incontables personas que se han acercado a Dios, atraídas por el ejemplo y las enseñanzas del Fundador del Opus Dei. La causa de beatificación y canonización de Monseñor Escrivá fue introducida en Roma el 19 de febrero de 1981.

Sesenta años del Opus Dei

EXCLUIDO DE PRESTAMO

El Siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer está para siempre indisolublemente unido al Opus Dei ya que, como se lee en la oración para la devoción privada, fue «instrumento fidelísimo» escogido por Nuestro Señor para fundar la Obra de Dios. Desde la fecha de la fundación, el 2 de octubre de 1928, la vida del Siervo de Dios se identifica con su nacimiento y desarrollo, al que se entrega con todo el ardor y la capacidad de amar que Dios le había concedido de manera sobreabundante.

Cuando años más adelante le preguntaban cómo vino al mundo el Opus Dei, el Fundador, con humildad, y haciendo memoria de la carencia absoluta de recursos materiales, contestaba: **Sin ningún medio humano. Sólo tenía yo veintiséis años, gracia de Dios y buen humor. La Obra nació pequeña: no era más que el afán de un joven sacerdote, que se esforzaba en hacer lo que Dios le pedía** (1).

Han pasado 60 años desde aquel 2 de octubre. El mensaje que Dios puso en su corazón sacerdotal era —según sus propias palabras— **una novedad, antigua como el Evangelio, que hace asequible a personas de toda clase y condición —sin discriminación de raza, de nación, de lengua— el dulce encuentro con Jesucristo en los quehaceres de cada día. Novedad bien sencilla, como son las nuevas del Señor** (2).

La semilla divina rindió en muy pocos años fruto generoso, de modo que en 1967 el Siervo de Dios podía decir:

Quienes han seguido a Jesucristo —conmigo, pobre pecador— son: un pequeño tanto por ciento de sacerdotes (...) y la gran muchedumbre formada por hombres y por mujeres —de diversas naciones, de diversas lenguas, de diversas razas— que viven de su trabajo profesional, casados la mayor parte, solteros muchos otros, que participan con sus conciudadanos en la grave tarea de hacer más humana y más justa la sociedad temporal; en la noble lid de los afanes diarios, con personal responsabilidad —repite—, experimentando con los demás hombres, codo con codo, éxitos y fracasos, tratando de cumplir sus deberes y de ejercitar sus derechos sociales y cívicos. Y todo con naturalidad, como cualquier cristiano consciente, sin mentalidad de selectos, fundidos en la masa de sus colegas, mientras procuran detectar los brillos divinos que reverberan en las realidades más vulgares (3).

La novedad del mensaje proclamado por aquel joven sacerdote —la gran mayoría de los cristianos están llamados a alcanzar la santidad en y a través de su trabajo profesional ordinario en medio del mundo— provocó incomprendimientos, calumnias —siempre ha sido así en las obras de Dios— y, en el Fundador, dolor, sufrimiento en medio de una alegría y buen humor que contagiaba a los que le seguían:

¿Sabéis por qué la Obra se ha desarrollado tanto? Porque han hecho con ella como con un saco de trigo: le han dado golpes, le han maltratado, pero la semilla es tan pequeña que no se ha roto; al contrario, se ha esparcido a los cuatro vientos, ha caído en todas las encrucijadas humanas donde hay corazones hambrientos de Verdad, bien dispuestos, y ahora tenemos tantas vocaciones, y somos una familia numerosísima, y hay millones de almas que admiran y aman a la Obra, porque ven en ella una señal de la presencia de Dios entre los hombres, porque advierten esa misericordia divina que no se agota (4).

El Opus Dei «ha crecido con la ayuda de la gracia divina, hasta el punto —afirma Juan Pablo II en la Constitución Apostólica *Ut sit*— de que se ha difundido y trabaja en gran número de diócesis de todo el mundo, como un organismo apostólico compuesto de sacerdotes y laicos, tanto hombres como mujeres, que es al mismo tiempo orgánico e indiviso —es decir, como una institución dotada de una unidad de espíritu, de fin, de régimen y de formación—, y se ha hecho necesario conferirle una configuración jurídica adecuada a sus características peculiares» (5).

Como consecuencia, en 1982 el Papa erigió aquella «familia numerosísima», de que hablaba el Fundador del Opus Dei, en Prelatura personal, según normas emanadas del espíritu del Concilio Vaticano II: era ésa la forma jurídica que el Fundador deseaba, y por la que había rezado y hecho rezar durante muchos años, pues permite que «el Opus Dei sea siempre un instrumento apto y eficaz de la misión salvífica que la Iglesia lleva a cabo para la vida del mundo» (6).

Sesenta años han transcurrido desde aquel 2 de octubre. El Opus Dei es una realidad de trabajo apostólico al servicio de la Iglesia Universal y de las iglesias particulares. Su desarrollo y crecimiento continúa, con la gracia de Dios, y sus miembros tratan de secundar con su vida y actividad apostólica el afán divino que el Señor puso en el alma del Fundador. Porque el Opus Dei existe sólo para el servicio de la Iglesia y de la humanidad entera: su tarea consiste «en esforzarse por llevar a la práctica la doctrina de la llamada universal a la santidad y en promover entre todas las clases sociales la santificación del trabajo profesional» (7).

La labor realizada ha sido posible, porque —como señalaba en 1983, con agradecimiento filial, el actual Prelado Mons. Alvaro del Portillo— «el Opus Dei ha contado, además, a lo largo de todo su camino con la continua ayuda de la Santísima Virgen, a quien apasionadamente amó nuestro Fundador. Yo diría que ha sido Ella la que ha ido conduciendo todos nuestros pasos. Palpamos su maternal protección» (8).

(1) *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, Rialp, 15ª ed., Madrid 1987, n. 32.

(2) S. Bernal, *Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Rialp, 6ª ed., Madrid 1980, pág. 113.

(3) *Conversaciones...*, n. 119.

(4) S. Bernal, *Apuntes...*, cit., pág. 317.

(5) Constitución Apostólica *Ut sit*, 28-XI-1982: AAS 85 (1983), pág. 423.

(6) *Ibidem*.

(7) *Ibidem*.

(8) *L'Osservatore Romano*, 25-III-1983, pág. 7.

Que tu vida no sea una vida estéril. —Sé útil. —Deja poso. —Ilumina, con la luminaria de tu fe y de tu amor.
Borra, con tu vida de apóstol, la señal viscosa y sucia que dejaron los sembradores impuros del odio. —Y enciende todos los caminos de la tierra con el fuego de Cristo que llevas en el corazón (*Camino*, n. 1).

«**P**ida por mí —decías—: que sea generoso, que adelante, que llegue a transformarme de tal modo que algún día pueda ser útil en algo».
Bien. —Pero, ¿qué medios pones para que esos propósitos resulten eficaces? (*Surco*, n. 3).

Nos ha escogido, desde antes de la constitución del mundo, para que seamos santos. Yo sé que esto no te llena de orgullo, ni contribuye a que te consideres superior a los demás hombres. Esa elección, raíz de la llamada, debe ser la base de tu humildad. ¿Se levanta acaso un monumento a los pinceles de un gran pintor? Sirvieron para plasmar obras maestras, pero el mérito es del artista. Nosotros —los cristianos— somos sólo instrumentos del Creador del mundo, del Redentor de todos los hombres (*Es Cristo que pasa*, n. 1).

Con frecuencia, siento ganas de gritar al oído de tantas y de tantos que, en la oficina y en el comercio, en el periódico y en la tribuna, en la escuela, en el taller y en las minas y en el campo, amparados por la vida interior y por la Comunión de los Santos, han de ser portadores de Dios en todos los ambientes, según aquella enseñanza del Apóstol: «glorificad a Dios con vuestra vida y llevadle siempre con vosotros» (*Forja*, n. 945).

La llamada del Señor —la vocación— se presenta siempre así: «si alguno quiere venir detrás de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame».
Sí: la vocación exige renuncia, sacrificio. Pero ¡qué gustoso resulta el sacrificio —*gaudium cum pace*, alegría y paz—, si la renuncia es completa! (*Surco*, n. 8).

¿**P**or qué no pruebas a convertir en servicio de Dios tu vida entera: el trabajo y el descanso, el llanto y la sonrisa?
—Puedes..., ¡y debes! (*Forja*, n. 679).

Tú has de procurar que haya, en medio del mundo, muchas almas que amen a Dios de todo corazón.
—Es hora de hacer recuento: ¿a cuántas has ayudado tú a descubrir ese Amor? (*Forja*, n. 898).

Barruntos del Amor de Dios

El 28 de junio de 1974, el Fundador del Opus Dei cruza la Cordillera de los Andes y sobrevuela territorio chileno. Pocas horas después se encuentra, rodeado por estudiantes, en la Residencia Alameda de Santiago. Arde en deseos de impulsarles a ser mejores, a comprometerse en la bella y ardua tarea de formarse cristianamente. Mons. Escrivá viene haciendo una intensísima labor de catequesis en Sudamérica: primero en Brasil, luego en Argentina, ha hablado a muchos millares de personas, de toda condición, respondiendo a sus preguntas sobre el modo de encarnar el Evangelio en medio de las ocupaciones familiares y profesionales; abriendo a tantas almas nuevos horizontes de amor de Dios. Cada reunión le recuerda aquellos comienzos de la Obra en Madrid...

Y, de pronto, incorporándose al diálogo, un muchacho, casi adolescente, se levanta: —Padre, yo no soy del Opus Dei, pero ¿cómo podría llegar a serlo?

El Siervo de Dios sabe de esas impaciencias juveniles. Tal vez, por unos segundos, vuela con la imaginación a sus años de muchacho...

—¡Oye...!, ¿cuántos años tienes?

—Quince, Padre.

—A tu edad, tampoco yo era del Opus Dei, ni sabía lo que era el Opus Dei... ¡ni existía el Opus Dei! (...) Yo tenía las mismas inquietudes tuyas. A tu edad, más o menos, cuando las pasiones empiezan a removerse y le tiran a uno de la ropa, por aquí, por allá y por el otro lado, y la vista se va, ¡barrunté el Amor! No me pongo colorado para decírtelo: éstos no se enteran. Estamos tú y yo solos. Yo tenía tu edad, cuando barrunté el Amor; y di un cambiazo, con

la gracia del Señor. No es que antes fuera malo. ¿Quién sabe si no estás barruntando tú el Amor?

El Opus Dei es un camino de amor. En el Opus Dei se puede andar por todos los caminos de la tierra haciéndolos divinos, sin dejar de ser muy humanos, porque Dios Nuestro Señor no nos pide cosas deshumanas. Si te estoy hablando con este cariño de hermano mayor y de Padre, es porque soy hombre lo mismo que tú. Y cuando hablo con mi Señor —con Dios—, le hablo con mi voz de hombre o con mi cabeza de hombre, porque unas veces rezo y otras oro. Y le digo que le quiero, porque es verdad. Con este corazón, que hubiera podido poner en el cariño de una mujer; con este corazón, con el que he querido a mi madre y a mi padre, te estoy respondiendo a ti y trato con Dios.

Yo creo que barruntas algo. ¡Déjate llevar por la gracia! ¡Deja a tu corazón que vuele! Porque si es verdad que el corazón del hombre está inclinado a cosas bajas, también tiene alas para volar alto, hasta el Corazón de Dios. Hazte tu pequeña novela: una novela de sacrificios y de heroísmos. Con la gracia de Dios, te quedarás corto (1).

A LOS QUINCE AÑOS

La pregunta de este muchacho invita a volver atrás las hojas de la historia. Transcurren los días del período navideño de 1917-1918. La nieve espesa cubre por completo el paisaje de Logroño, capital de la Rioja española. El frío intensísimo destempla la ciudad hasta alcanzar los dieciséis



Imagen de Nuestra Señora de los Angeles, que se encuentra en una capilla de Santa María La Redonda, donde acudía con frecuencia a rezar el Siervo de Dios.

grados bajo cero, las temperaturas más bajas que había conocido Logroño. Los árboles, calles y aleros, parecen obra de la fantasía de un gigantesco escultor. El río está cubierto por una placa helada y firme. El tránsito por las calles es peligroso, a pesar de las capas de paja que extienden los empleados del Ayuntamiento.

Josemaría Escrivá de Balaguer, que vive con su familia en la calle de Sagasta, en una casa que hace esquina a la Rúa Vieja, muy cerca del puente de hierro sobre el río Ebro, ha contemplado durante estos días el espectáculo insólito de la ciudad nevada. De mañana, por las calles de Logroño, tro-

pieza con las huellas que en la nieve han dejado los pies descalzos de un carmelita, el Padre José Miguel.

Este detalle de abnegación heroica levanta generosos anhelos en el alma de Josemaría: otros son capaces de vivir por amor a Dios una vida de sacrificio; ¿qué hago yo por El? **Acuden a mi pensamiento tantas manifestaciones del Amor de Dios en aquellos años de mi adolescencia** —comentaría años más tarde el Siervo de Dios—, **cuando barruntaba que el Señor quería algo de mí, algo que no sabía lo que era. Sucesos y detalles ordinarios, aparentemente inocentes, de los que El se valía para meter en mi alma esa inquietud divina. Por eso he entendido muy bien aquel amor tan humano y tan divino de Teresa del Niño Jesús, que se conmueve cuando por las páginas de un libro asoma una estampa con la mano herida del Redentor. También a mí me han sucedido cosas de ese estilo, que me removieron y me llevaron a la comunión diaria, a la purificación, a la confesión y a la penitencia (2).**

Al mismo tiempo, Josemaría pide luz para conocer la Voluntad de Dios. Y reza, con impetuosa oración, lleno de confianza para que se realice aquello que la Providencia parece desear y que él no sabe en qué consiste. Durante unos tres meses, acude al convento de los Carmelitas para hablar con el Padre José Miguel. Le cuenta lo que sucede en su interior: el horizonte de amor que Dios ha querido abrir en su alma. El Padre José Miguel comprende que está ante una persona que ha comenzado a saborear el Amor divino, y le propone ingresar en el Carmelo.

Josemaría medita esta proposición. Pero —después de considerarlo detenidamente— concluye que el Señor tiene planes diferentes para su vida. A partir de este momento es frecuente encontrarle en Santa María La Redonda, en una bellísima capilla barroca de esta iglesia que preside una imagen de Nuestra Señora de los Angeles, para confiar sus inquietudes al cuidado amoroso de la Virgen Santísima.

VOCACIÓN SACERDOTAL

Barrunta el amor de Dios, siente la llamada divina; y, para estar disponible a lo que el Señor le muestre, decide hacerse sacerdote. Nunca se le había ocurrido. El mismo lo contará así, años más tarde:

Amaba mucho a los sacerdotes, porque la formación que recibí en mi casa era profundamente religiosa; me habían enseñado a respetar, a venerar el sacerdocio. Pero no para mí: para otros.

Recuerdo que, cuando cursaba el bachillerato, estudiábamos latín en el colegio. A mí no me gustaba; de una manera necia —¡estoy ahora tan dolido de eso!— decía: el latín para los curas y los frailes... ¿Veis que estaba bien lejos de ser sacerdote? (3).

No le mueve la idea de hacer carrera eclesiástica, pero piensa que siendo sacerdote estará más disponible para cumplir esa Voluntad de Dios que aún no conoce y que, sin embargo, domina ya su vida.

Y en esta convicción, un buen día, en



Instituto de Enseñanza Media de Logroño, donde el Siervo de Dios estudió los últimos cursos de Bachillerato.

plena primavera de 1918, se lo comunica a su padre. Don José Escrivá, que continúa entregado a su trabajo para sacar adelante la familia, tras la dura situación a que se han visto reducidos por los reveses económicos, se queda totalmente sorprendido. De pronto se viene abajo el futuro que soñaba para su único hijo varón. Y él, que no ha llorado nunca ante tanto acontecimiento doloroso, nota ahora que la emoción le arranca unas lágrimas. El Siervo de Dios lo recordaba así:

Un buen día le dije a mi padre que quería ser sacerdote: fue la única vez que le vi llorar. El tenía otros planes posibles, pero no se rebeló. Me dijo:

—Hijo mío, piénsalo bien. Los sacerdotes tienen que ser santos (...) Piénsalo un poco más, pero yo no me opondré (4).

Y don José, con serio respeto por la libre decisión de su hijo, le lleva a don Antolín Oñate, Abad de la Colegiata de Santa María La Redonda, para que le aconseje y ayude en el camino que ha emprendido.

Mientras tanto, el Siervo de Dios continúa pidiendo luz para conocer la Voluntad de Dios —**Domine, ut videam!**, ¡Señor, que vea!—, y a repetir una invocación confiada para que se realice eso que el Señor desea: **Domine, ut sit!**, ¡Señor, que sea!: que se haga eso que Tú quieres. Pasó muchos años así, a oscuras, en oración perseverante, con fe y con esperanza de que daría fruto la semilla que el Señor había puesto en su mente y en su corazón para que germinara.

Por aquellos meses, Josemaría escribe a su tía Cruz Albás, hermana de su madre, religiosa carmelita en el convento de San Miguel de Huesca. Le cuenta su decisión de ser sacerdote y la necesidad que tiene de luz para conocer los designios últimos de Dios que, a los dieciséis años, se ha apoderado de su ser. Será una constante en su vida este solicitar ayuda de las almas contemplativas para llevar adelante lo que Dios le pide.

Se siente personalmente incapaz de responder adecuadamente a esta elección de Dios. Y suele recitar despacio, una letanía que tiene raíces de profunda humildad: **No valgo nada, no tengo nada, no puedo nada, no soy nada, no sé nada...** (5). Pero se siente fuerte y seguro en brazos de su Padre Dios. Y con generosa juventud se deja llevar por la divina locura que va a impulsar su vida entera. De su alma se alza aquel grito, dulce y fuerte, que saliera del corazón del joven Samuel: **Ecce ego, quia vocasti me! —¡Aquí estoy porque me has llamado!** (6).

EN EL SEMINARIO DE LOGROÑO

En octubre de 1918, Josemaría se matricula en el Seminario de Logroño en calidad de alumno externo, para comenzar los estudios de Teología. Con este mismo régimen, estudia también allí un buen grupo de alumnos.

Llega Josemaría al Seminario con el preámbulo de unos estudios de bachillerato brillantes, de una inteligencia notable y



Logroño, mayo de 1921. El Siervo de Dios a la edad de diecinueve años, con su hermano Santiago.

clara, de una personalidad comunicativa y educada. Sus compañeros recordarán la elegancia natural de sus modos, la corrección de su porte y la noble actitud de servicio con que ofrece su amistad.

Comienza un tiempo de sacrificio y de gozo: una etapa de crecimiento en el Amor a Dios, de generosidad, de lucha ascética.

Desde esas fechas, y a lo largo de diez años de oración insistente y confiada, el Siervo de Dios, en la oscuridad de los barruntos de una llamada divina para algo que presiente pero que el Señor aún no le ha mostrado, continúa pidiendo por su realización: —Señor, que sea: **Domine, ut sit!**; Señora, que sea: **Domina, ut sit!**

- (1) RHF 20771, pág. 45.
- (2) RHF 20164, págs. 316-317.
- (3) RHF 20164, págs. 218-219.
- (4) RHF 20164, pág. 219.
- (5) RHF 20164, pág. 357.
- (6) I Sam. III, 9.

Con su heroica fidelidad a la Voluntad divina, con oración y mortificación incansables, y poniendo en su empeño un trabajo lleno de esperanza, Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer inspiró y dirigió, durante 47 años, el desarrollo apostólico del Opus Dei en todo el mundo.

La tarea principal de la Obra es la formación de sus miembros para que cada uno, individualmente, ejercite su labor apostólica de cristiano en el mundo y en la sociedad.

El apostolado esencial del Opus Dei —en palabras de su Fundador— **es el que desarrolla individualmente cada miembro en el propio lugar de trabajo, con su familia, entre sus amigos. Una labor que no llama la atención, que no es fácil traducir en estadísticas, pero que produce frutos de santidad en millares de almas, que van siguiendo a Cristo, callada y eficazmente, en medio de la tarea profesional de todos los días** (*Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 71).

Sin embargo, tal como él mismo respondía a la pregunta de un periodista: **A demás, el Opus Dei, como corporación, promueve, con el concurso de una gran cantidad de personas que no pertenecen a la Obra —y que muchas veces no son cristianas—, labores corporativas, con las que procura contribuir a resolver tantos problemas como tiene planteados el mundo actual. Son centros educativos, asistenciales, de promoción y capacitación profesional, etcétera** (*Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 84).

Iremos reseñando aquí, con forzada brevedad, algunas de las muchas obras apostólicas que, con diversas características, según las necesidades del lugar o del momento, han nacido bajo el impulso espiritual del Fundador del Opus Dei.

NETHERHALL HOUSE

Londres

Netherhall House es una Residencia para universitarios que realizan sus estudios en la Universidad de Londres y en otros Centros de enseñanza superior de la capital británica. Se inauguró en abril de 1952 gracias al impulso de Mons. Escrivá, que desde el principio de la labor apostólica del Opus Dei en el Reino Unido animó a sus hijos a instalar esta Residencia internacional, como medio para contribuir a la formación humana y espiritual de los universitarios. Siempre consideró a Londres como **una encrucijada del mundo**, donde se encontraban millares de estudiantes de todos los continentes. Y su amor a las



Una vista de Netherhall House.



Durante la inauguración de los nuevos edificios de Netherhall por la Reina Madre.

almas le hacía comprender el gran bien que supondría, para la acción evangelizadora de la Iglesia en países lejanos, un servicio como el que se proponía ofrecer en esta Residencia universitaria.

En una entrevista al *New York Times*, en 1966, Mons. Escrivá resumía así la finalidad de Netherhall House y de las demás Residencias universitarias informadas por el espíritu del Opus Dei: **Ofrecen a los estudiantes no sólo un alojamiento, sino diversos programas para completar su formación cultural, humana y espiritual. Netherhall House en Londres es tal vez especialmente interesante por su carácter internacional. Han convivido en esa residencia universitarios de más de cincuenta países. Muchos de ellos no son cristianos, porque las casas del Opus Dei están abiertas a todos sin discriminación de raza ni religión** (1).

Mons. Wheeler, entonces Capellán de la Universidad de Londres, que después fue Obispo de Leeds, conoció este Centro en sus primeros años de funcionamiento: «Cuando empezó Netherhall —recuerda—, yo anima-

ba a los estudiantes a que fueran allí. Ese fue mi primer contacto con un Centro del Opus Dei, pero desde entonces los he visto en muchos sitios distintos. Lo que siempre me agrada de los Centros del Opus Dei es el espíritu de civilización, civilización de la buena. Ninguna grandiosidad excesiva; siempre hay gusto sin ostentación, y al mismo tiempo una auténtica cristianización de la civilización de nuestra época. Además, se nota siempre un aire de familia, cosa que me agradó también. Es un espíritu de gran disciplina personal y de integridad. El Fundador del Opus Dei logró el equilibrio justo» (2).

La fama de Netherhall se extendió rápidamente y en pocos años fue necesario ampliar el edificio. Gracias al impulso de Mons. Escrivá, que visitó la casa varias veces en los viajes que hizo a Londres entre 1958 y 1962, se completaron los nuevos edificios en 1966. El 1 de noviembre de ese año fueron inaugurados por la Reina Madre, Gran Canciller de la Universidad de Londres. En su discurso de inauguración, se refirió a la necesidad que existía en la capital de alojamientos idóneos para universitarios, sobre todo para los que venían de ultramar. Luego, hablando de los ideales que sostienen la vida universitaria, dijo: «No puedo concebir un sitio mejor para promover tales valores que Netherhall House, que se basa en tradiciones cristianas, sobre todo en la tradición de servir».

Los nuevos edificios, además de duplicar la capacidad receptiva de Netherhall, llevándola a cien plazas, han ofrecido eficaces instrumentos de trabajo —como la biblioteca, a la que también acuden muchos estudiantes que no son residentes— y medios para el desarrollo de las actividades de formación cultural que organiza la Residencia: un Aula Magna para conferencias, conciertos o sesiones de cine, además de otros locales útiles para seminarios o sesiones de trabajo.

Era difícil imaginar en 1952 que, en el curso de poco más de un cuarto de siglo, cinco mil residentes de cien países distintos pasarían por Netherhall House. Gentes de las religiones más diversas han conocido los valores de la fe cristiana y han esparcido por todo el mundo el mensaje de comprensión y de cordial colaboración que han vivido en la Residencia, porque, desde su comienzo, Netherhall se caracterizó por un ambiente de



Londres, agosto de 1961. El Siervo de Dios con un grupo de hijos suyos, cuando se preparaba el proyecto para las nuevas construcciones de Netherhall.

amistad y de familia, donde el espíritu cristiano de solidaridad y de cariño mutuo permite superar cualquier diferencia de raza, mentalidad o cultura.

Además de recibir estímulos y medios para mejorar su preparación académica, los estudiantes son invitados a poner sus capacidades a disposición de otras personas: así ha surgido la ayuda a Clubs de bachilleres o la colaboración en actividades asistenciales a ancianos, pobres y enfermos. Este espíritu de servicio, que tantos universitarios han experimentado durante su permanencia en Netherhall, ha contribuido a que muchos de ellos, no cristianos, hayan llegado a conocer a Cristo; algunos se han convertido a la Iglesia Católica; otros han querido participar en iniciativas de apostolado en Gran Bretaña o en sitios tan diversos como Japón, Nigeria, Kenia, Hong Kong y Malasia.

Cuando, al acabar sus estudios, los residentes regresan a sus países de origen, mu-

chos mantienen contacto con Netherhall. En sus cartas, o al volver a visitar la Residencia, nunca dejan de expresar su profunda gratitud por los años que pasaron allí, o por la experiencia que les llevó a descubrir la gran novedad del mensaje cristiano, conviviendo con otros universitarios. **Es en la convivencia —afirmaba Mons. Escrivá— donde se forma la persona; allí aprende cada uno que, para poder exigir que respeten su libertad, debe saber respetar la libertad de los otros (...). Los talentos propios han de ser puestos al servicio de los demás. Si no, de poco sirven. Las obras corporativas que promueve el Opus Dei, en todo el mundo, están siempre al servicio de todos: porque son un servicio cristiano (3).**

(1) *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, Ed. Rialp, Madrid 1969, n. 56.

(2) *Scottish Catholic Observer*, 23-IV-1982.

(3) *Conversaciones...*, n. 84.

Nos escriben

TODA LA FAMILIA SE CONVIERTE

En mayo fui de romería a una ermita de la Virgen con una señora amiga mía, y me contó que el padre de una de mis antiguas alumnas se hallaba gravemente enfermo y podía morir en poco tiempo.

Convinimos en que llevaríamos al enfermo una estampa de Mons. Escrivá y un ejemplar de la *Hoja Informativa*, aunque sabíamos que ni él ni nadie en la familia eran cristianos. Así se hizo y se le sugirió que pusiera la estampa de Mons. Escrivá debajo de la almohada, y mi amiga y yo nos propusimos pedir su conversión por la intercesión de Mons. Josemaría Escrivá.

Pasados dos o tres meses, esta amiga me llamó por teléfono. El enfermo había fallecido hacía dos días y el funeral se celebró en la iglesia católica de la ciudad en que vivía. Se había bautizado el día anterior a su muerte.

«¡Ha sido la intercesión de Mons. Escrivá!», exclamó por dos veces mi amiga, y me aclaró que se había hecho por voluntad expresa del enfermo que ese día se encontraba aún en plena lucidez.

Cuando fui a presentar los pésames a la viuda y a los hijos, me sorprendió la alegría que se respiraba en el ambiente. En la capilla ardiente —puesta al estilo del país, Japón— junto a la foto del difunto se hallaba una cruz de plata y un libro de oraciones; en la salita, una imagen de la Santísima Virgen. Me explicaron que el enfermo, desde que había recibido la estampa de Mons. Escrivá, la tenía siempre debajo de su almohada y que cuando le cambiaban la ropa de la cama, comprobaba siempre con la mano si la estampa estaba en su sitio.

Además, aquella gracia no había sido sólo para ~~ese~~ alma: la esposa, la hija y sus niños, y la nuera, habían decidido recibir instrucción para el Bautismo. En junio de este año, la esposa se bautizó y los demás siguen la preparación e instrucción para recibirlo.

A.M.B., Ashiya (Japón)

DESPUÉS DE UNA NOVENA

Mi hija tenía un empleo muy bueno, pero las oficinas donde trabajaba estaban muy lejos de nuestra casa; empleaba tres horas en coche todos los días para ir y volver. Por la tarde se encontraba tremendamente cansada.

Me decidí a hacer una novena a Mons. Escrivá, yendo nueve días a rezar en su tumba. El noveno día mi hija quedaba contratada en una empresa editora con las oficinas a veinte minutos de casa.

Dada la dificultad que tienen los jóvenes hoy día para encontrar trabajo, lo considero un milagro y les mando esta carta para testimoniarlo. También les envío un donativo.

I.C., Roma (Italia)

VOLVIÓ A LA VIDA

Nuestro hijo de 18 años fue atropellado por un coche, dejándolo descerebrado en la carretera y dándose el conductor a la fuga. Lo llevamos al Sanatorio y nos dijeron que no tenía salvación. Sin embargo, iban a intervenirle sólo para cerrarle el cráneo. Después nos dijeron que no habían podido sacarle todas las esquirlas que tenía (que eran muchas) y que también tenía un edema pulmonar, pero que eso ya lo dejaban porque al fin se iba a morir. Lo ingresaron en la UCI, en coma profundo, sin constantes vitales, esperando su muerte de un momento a otro. Yo nunca creí que nuestro hijo se fuese a morir.

Hablamos con un sacerdote para que le administrase la Extremaunción. Así lo hizo. En la cama puse una estampa de Mons. Escrivá de Balaguer. Entre el quinto y el décimo día era cuando esperaban que se muriese, pero cuando el médico hizo su visita, vio que sus constantes vitales empezaban a responder. Uno de los médicos del equipo, que no era creyente, dijo cuando lo vio: «Díganme dónde vive este Monseñor, que quiero escribirle diciendo que hizo un milagro».

Pero no quedó aquí todo. Nuestro hijo siguió en coma veintiséis días. Cuando fue despertando, lo bajaron a la habitación, pero ya no alimentado por sueros, sino que nada más llegar le dieron un desayuno y lo tomó. También me dijeron que necesitaría un logopeda para enseñarle a hablar porque no sabría decir nada, pero en cuanto me vio, me llamó: «¡Mamá!». Me dijo cómo se llamaba, los años que tenía, dónde vivía y hasta el número de teléfono. A los dos años lo ingresaron de nuevo para practicarle la craneoplastia. Al cabo de ocho días ya estaba en casa, y al mes empezaba sus estudios de Magisterio, sacando el curso con buenas notas.

Este es un milagro múltiple que Mons. Escrivá de Balaguer hizo con nuestro hijo, que estaba muerto y volvió a la vida.

Escribo este testimonio como muestra de agradecimiento al Fundador del Opus Dei y para que sirva para su Causa de Beatificación.

P.G.A., Santiago de Compostela (España)

REGRESÓ AL HOGAR

Necesito, como devota y eterna agradecida a la mediación ante Nuestro Señor de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, dar a conocer el favor concedido.

Hacía un año y medio que mi marido se había ido de mi casa, con la intención de separarse legalmente de mí y rehacer su vida.

Rezaba diariamente la oración para la devoción privada a Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer pidiendo por su pronta beatificación y para que volvieran la paz y el amor a mi hogar. Nunca perdí la esperanza ni la fe en su intercesión.

Y así fue cómo hace tres meses mi esposo volvió a mi lado; ha cambiado y ahora es un hombre comprensivo. ¡Es un verdadero milagro!

Desde entonces, siempre imploro a Mons. Escrivá de Balaguer y soy una persona diferente, segura y positiva. El me guía en todo y con su ayuda he logrado la felicidad para mí y para mis hijos. ¡Nunca lo olvidaré!

O.B.P., Santiago (Chile)

DESPUÉS DE TREINTA AÑOS

Muy Sres. míos:

Tengo el atrevimiento de dirigirme a Vds. para pedirles, por favor, me publiquen en su *Hoja Informativa* lo siguiente:

Al lado de mi casa hay una papelería a la cual suelo ir a menudo por tener amistad con la dueña. Como sabe que me gusta mucho leer, el otro día me entregó una *Hoja Informativa*, con la fotografía de Mons. Escrivá, para que leyera los milagros que hacía.

Los leí todos, y luego recé la oración pidiéndole una gracia.

A los dos o tres días de rezar a Mons. Escrivá algo me sucedió. Me entraron unos deseos grandes de hacer una confesión general. Tengo que decirles que hacía 30 años que no me confesaba. Me he confesado, y todo se lo debo a Mons. Escrivá de Balaguer, que ha hecho el milagro.

Muchas gracias a este santo Siervo de Dios.

C.V., Albacete (España)

DECIDIERON BAUTIZARSE

Deseo dar cuenta de un favor que, gracias a la intercesión de Mons. Escrivá, conseguí para una amiga mía.

Esta amiga me dijo un día que no estaban bautizados ni ella ni sus hijos. Inmediatamente empecé a rezar a Mons. Escrivá, pidiendo que ayudara a mi amiga a darse cuenta de la necesidad de recibir este sacramento. Mis oraciones fueron escuchadas con creces. No sólo los niños fueron bautizados católicos, sino que ella está recibiendo instrucción para convertirse al catolicismo y pronto será bautizada.

B.M.B., Loftus (Australia)

VUELVEN A LA IGLESIA

Mis padres se casaron sólo por lo civil hace más de cuarenta años. Mi padre no quería saber nada de la Iglesia, y tanto él como mi madre la habían abandonado hacía once años.

Mi mujer y yo comenzamos a pedir muchas veces la ayuda e intercesión de Mons. Escrivá de Balaguer. Hace un año mi padre y mi madre enfermaron gravemente. De nuevo pedimos con insistencia la ayuda de Mons. Escrivá.

Diez días antes de su fallecimiento, mi padre solicitó la readmisión en la Iglesia, se confesó, recibió la Unción de los enfermos y comulgó. Simultáneamente, mi madre solicitó también la readmisión en la Iglesia, se confesó y expresó su deseo de contraer matrimonio. Fallecieron poco después, mi padre al cabo de tres días, mi madre a las tres semanas.

Damos gracias a Dios por estos dones y estamos firmemente convencidos de que estas conversiones se deben a la ayuda e intercesión de Mons. Escrivá.

M.L., Viena (Austria)

Para su publicación, pongo en conocimiento de ustedes que por petición que hice a Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, alcancé del Señor el más grande favor de mi vida, pues mi hogar estaba a punto de destruirse debido a que mi esposo se había convertido, desde tiempo atrás, en un alcohólico.

Al principio oraba y pedía a Dios que le ayudara a alejarse del vicio. Después de mucho pedir que cambiara su forma de vivir y de mucho luchar sin obtener ningún resultado positivo, pues ya no le importaba ni su vida ni la de sus hijos, llegué a la amarga conclusión de que era un caso perdido y que lo único que debía hacer era separarme por la ley, de modo que conseguí un abogado y empecé los trámites de separación.

Sin embargo, mientras esto hacía, cayó en mis manos una pequeña estampa de Mons. Josemaría Escrivá y con mucha fe recé la oración varias veces; y cuál no sería mi sorpresa al enterarme de que mi esposo había decidido internarse en una clínica para tratamiento médico.

Desde entonces mi vida ha cambiado por completo lo mismo que la de mis hijos; la paz ha vuelto a reinar en mi hogar y no me canso de agradecer cada día a Dios y a Mons. Josemaría Escrivá el haber escuchado nuestras súplicas, pues fueron dieciocho años de sufrimiento y angustia y considerábamos que ya era un caso perdido. Ahora la fe y la esperanza han vuelto a llenar nuestra vida, pues hace nueve meses que mi esposo no prueba una gota de licor, y esto lo considero un verdadero milagro.

M.V., Bogotá (Colombia)

En un momento en que me encontraba completamente abatido (en paro, enfermo y con problemas familiares), un amigo me pidió mi dirección sin explicarme nada.

Algunos meses más tarde recibí por correo la *Hoja Informativa*. Después de haberla leído con atención e interés, comencé a rezar con confianza la oración para la devoción privada al Siervo de Dios Mons. Escrivá. Yo pedía a Dios, por la intercesión de su Siervo Mons. Josemaría, en primer lugar la paz y la alegría interiores, y poco a poco me fui sintiendo más tranquilo. En segundo lugar, cinco meses después, he obtenido un trabajo en el que ocupo una función de dirección similar a la anterior y, además, es de condiciones más ventajosas. Y, por fin, los otros problemas han ido desapareciendo sucesivamente.

No puedo sino atribuir estos favores a la ayuda e intercesión del Siervo de Dios, a quien continúo acudiendo. Por todo ello estoy dando gracias. Ahora yo puedo cantar: «Bendeciré al Señor siempre y en todas partes».

Me gustaría recibir las demás *Hojas Informativas*. Gracias.

B.M., Kisangani (Zaire)

Vivo en un quinto piso en una casa sin ascensor. Tengo 63 años y mi marido está ciego desde hace cuatro. Cuando vengo de la compra me resulta muy pesado subir la escalera. A veces mi marido baja a ayudarme.

En la finca de al lado se vendía un piso con ascensor que, como es natural, tenía varios posibles compradores. Yo se lo pedí a Monseñor con mucha devoción y, como en otras ocasiones, me ha escuchado y me siento muy feliz.

Aquí les mando este donativo para ayuda de sus necesidades.

C.S.A., Valencia (España)

Me estaba muriendo pues los remedios que tomaba no me producían mejoría. Una tarde llegó a mi casa una prima que hacía dos años que no venía, y al verme tan mal me habló de Mons. Josemaría. Me llevó al médico, el cual me dijo que fuera a un hospital para enfermos infecciosos. También me habló de Mons. Josemaría, me dio una estampa y me dijo que le rezara; así lo hice y me internaron al día siguiente.

Después de hechos los estudios, el diagnóstico fue lepra. Al cuarto día de estar internada tuve una mejoría sorprendente; a los quince días me daban el alta. Los médicos del hospital no lo podían creer, pero yo sí, porque tuve mucha fe en la intercesión de Mons. Josemaría.

S.M.C., Llavallol (Argentina)

En un convento de mi país, una religiosa anciana padecía una enfermedad en las piernas desde tiempo atrás, que le hacía sufrir mucho; se había sometido a tratamientos en varios hospitales, pero sin resultado.

Un día me habló acerca de su larga enfermedad y de los sufrimientos que tenía; entonces yo comencé una novena a mi querido santo Mons. Josemaría. Después de pocos días la visité y le pregunté por sus dolores; ella me dijo que el dolor había desaparecido y que no tenía ya ningún síntoma de la enfermedad.

Esta religiosa también sufría con otro problema: tenía una visión borrosa, y en los controles médicos le indicaron un cambio de gafas, pero transcurridos cinco meses no mejoraba. Comencé a rezar a nuestro Mons. Josemaría y ella volvió a ver bien. Ahora puede leer y escribir sin necesidad de ayuda. Después de estos sucesos considera que no hay nada más milagroso que esas dos curaciones.

Ch.B., Singh Nagar (India)

Desde hace más de veinte años tenía en la espalda una especie de grano de color negro que lentamente crecía y a veces me hacía sentir muchos dolores en esa parte inflamada. En el hospital oncológico me habían disuadido de extirparlo.

Después de un tiempo el grano había crecido notablemente y me dolía mucho más. Empecé a rezar a Dios por la intercesión de Mons. Escrivá. Rezaba por la mañana y por la noche. Un mes después, durante un baño, noté que la parte hinchada había disminuido y estaba algo aplastada. Había prometido que si Dios quería escuchar mi oración y el grano se reducía, les escribiría para agradecerlo.

Hoy, con el corazón lleno de agradecimiento, les comunico que el grano se ha secado y la mancha casi ha desaparecido, sin ningún medicamento, en cinco meses. Muchas gracias he obtenido de Dios por Mons. Josemaría. He distribuido entre muchas personas enfermas estampas con la oración de Mons. Josemaría Escrivá.

H.B., Poznan (Polonia)

Les envío un giro postal de cinco libras como donativo por algunos favores recibidos.

El 6 de junio de este año, me caí de una escalera y me rompí la pierna derecha. Me lastimé tanto que los médicos dudaban de que pudiera caminar otra vez. El dolor que sufría era terrible. Por eso, mi mujer me trajo mi estampa de Mons. Josemaría al hospital. Solía poner mi estampa debajo de la pierna y rezar: así se aliviaba el dolor.

Durante las seis semanas que estuve en el hospital pensaba que me iba a volver loco, pero Mons. Josemaría me mantuvo sano.

¿Me podrían mandar algunas estampas más? Mis hermanas de Nueva York quieren que les mande algunas.

T.A., Birmingham (Inglaterra)

Los originales de estos relatos, con los nombres y direcciones de quienes escriben, se conservan en el Archivo de la Postulación de la Causa.

- Camino** «Mons. Escrivá ha escrito algo más que una obra maestra: escribió sacando inspiración de su propio corazón, y al corazón llegaron también los breves párrafos que forman el CAMINO...» (*L'Os-servatore Romano*, 24-III-1950).
La primera edición de este libro es de 1934, con el título de *Consideraciones espirituales*. Hoy son ya 221 ediciones, en 38 idiomas, y 3.478.664 ejemplares.
- Santo Rosario** Libro de meditaciones sobre cada uno de los quince misterios de la vida de Cristo que se contemplan al rezar el Santo Rosario.
La primera edición es también de 1934. Desde entonces han aparecido 81 ediciones, en 18 idiomas, y 515.609 ejemplares.
- Conversaciones** En *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, el Fundador del Opus Dei contesta por escrito a las preguntas formuladas por varios periódicos y revistas de diferentes países.
La primera edición es de 1968. Se han publicado 42 ediciones, en 7 idiomas, y 292.820 ejemplares.
- Es Cristo que pasa** El libro recoge algunas homilías que ofrecen una profunda y sugestiva exposición de la doctrina y vida cristiana. Prólogo de Mons. Alvaro del Portillo, actual Prelado del Opus Dei.
La primera edición es de marzo de 1973. Han aparecido ya 55 ediciones, en 9 idiomas, y 362.554 ejemplares.
- Amigos de Dios** Recopilación de otras 18 homilías, en las que el autor toma las virtudes cristianas como hilo conductor de su entrañable coloquio filial con Dios. Prólogo de Mons. Alvaro del Portillo.
Ha sido publicado en 1977 y actualmente cuenta con 35 ediciones, en 7 idiomas, y 258.973 ejemplares.
- La Abadesa de las Huelgas** Un penetrante estudio teológico-jurídico, a partir de las fuentes y documentos originales, sobre el caso extraordinario de jurisdicción cuasiepiscopal por parte de la abadesa del famoso monasterio burgalés.
La primera edición se publicó en 1944. La segunda es de 1974.
- Vía Crucis** Obra póstuma de Mons. Escrivá, fruto de su contemplación de las escenas de la Pasión del Señor.
La primera edición se publicó en febrero de 1981. Se han hecho 29 ediciones, en 9 idiomas, y 229.264 ejemplares.
- Surco** Obra póstuma. «Al igual que *Camino* (...), *Surco* es fruto de la vida interior y de la experiencia de almas de Mons. Escrivá» (del prólogo de Mons. Alvaro del Portillo).
La primera edición se publicó en octubre de 1986. Se han hecho 23 ediciones, en 6 idiomas, y 265.049 ejemplares.
- Forja** La última obra póstuma publicada, *Forja*, «es un libro de fuego, cuya lectura y meditación puede meter a muchas almas en la fragua del Amor divino, y encenderlas en afanes de santidad y apostolado, porque éste era el deseo de Mons. Escrivá» (del prólogo de Mons. Alvaro del Portillo).
La primera edición se publicó en octubre de 1987. Se han hecho 9 ediciones, en 5 idiomas, y 169.023 ejemplares.

(Pedidos en librerías)

ORACIÓN

para la devoción privada

Oh Dios, que concediste a tu siervo Josemaría, sacerdote, gracias innumerables, escogiéndole como instrumento fidelísimo para fundar el Opus Dei, camino de santificación en el trabajo profesional y en el cumplimiento de los deberes ordinarios del cristiano: haz que yo sepa también convertir todos los momentos y circunstancias de mi vida en ocasión de amarte, y de servir con alegría y con sencillez a la Iglesia, al Romano Pontífice y a las almas, iluminando los caminos de la tierra con la luminaria de la fe y del amor; dignate glorificar a tu siervo Josemaría, y concédeme por su intercesión el favor que te pido... (pídase). Así sea.

Padrenuestro, Avemaría, Gloria.

De conformidad con los decretos del Papa Urbano VIII, declaramos que con esta *Hoja informativa* en nada se pretende prevenir el juicio de la Autoridad eclesiástica, y que la oración no tiene finalidad alguna de culto público.

Agradecemos las numerosísimas cartas que nos llegan. Son testimonio de la devoción privada con que tantas personas, en todo el mundo, rezan a Dios Nuestro Señor, poniendo por intercesor a Mons. Escrivá de Balaguer. En esta *Hoja informativa* reproducimos solamente, por exigencias de espacio, párrafos de algunas, que refieren sucesos importantes o anécdotas sencillas.

También agradecemos —ante la imposibilidad de hacerlo nominalmente— las limosnas que nos mandan para colaborar en los gastos de edición y distribución de esta *Hoja informativa*, y para ayudar al desarrollo de las obras apostólicas promovidas por el amor a las almas de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer.

Esta *Hoja informativa* se distribuye gratuitamente. Quienes deseen ayudar, con sus limosnas, a los gastos de edición y envío de esta publicación, pueden mandar esos donativos a la *Vicepostulación del Opus Dei en España*, por giro postal o por transferencia a la c/c. número 882000-9 del Banco de Vizcaya, Agencia Urbana de la calle de Velázquez, 97, 28006-Madrid.

Agradeceremos a nuestros lectores que nos remitan los nombres y las señas de las personas a las que piensen que les agrada recibir esta *Hoja informativa* o estampas con la oración para la devoción privada.

AÑO 1988